

R F-C/CIL 27

61

ESCRITO GRATULATORIO

QUE

EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL DE 16 DE ENERO DE 1867

LEYÓ A LA

ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE BARCELONA

SU NUEVO PRESIDENTE

EL DOCTOR

D. JOAQUIN CIL,

Y SE PUBLICA POR UNÁNIME ACLAMACION DEL PROPIO
CUERPO CIENTÍFICO.



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,

CALLE DE PETRITXOL, 14, PRINCIPAL.

1867.

A su venerado y estimado jefe el Sr. D. J. Meca
por la Universidad, Sr. D. Ant. Gonzalez
Guebra,

el ultimo de la catedra de Historia
afno. de 1871

9. I. v. B

Gonzalez
Guebra



62-79-27

ESCRITO GRATULATORIO

QUE

EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL DE 16 DE ENERO DE 1867

LEYÓ Á LA

ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

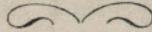
DE BARCELONA

SU NUEVO PRESIDENTE

EL DOCTOR

D. JOAQUIN CIL,

Y SE PUBLICA POR UNÁNIME ACLAMACION DEL PROPIO
CUERPO CIENTÍFICO.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,

CALLE DE PETRITXOL, 14, PRINCIPAL.

1867.



M. I. S.



SEÑORES:

QUERIDOS COLEGAS.

OCASION DE ESTE ESCRITO.

Con la lectura de los importantes trabajos académicos (*) que acaba de tener lugar, podria dar esta Academia por concluida su inauguracion reglamentaria en el año presente. No lo hace, sin embargo, porque otra que, si os pareciere graduarla de lo que la gradúo yo, podrémos reputar inauguracion íntima y una como fiesta de familia, nos retiene congregados hoy en este hogar, favorito centro de nuestras confianzas.

Y en honor de la vérdad, si nos contraemos á la parte que, contando con vuestro beneplácito, me reservé en la solemnidad del dia, ¿á qué habeis venido vosotros? ¿á qué he venido yo? Vosotros á oír; é yo á deciros, en el acento de la misma ilimitada confianza que con gusto reconozco en vosotros para conmigo, algunos de los sentimientos que acerca de nuestra solidaria mision el corazon me dicta; y de esta suerte leamos, en mi frente vosotros y en la vuestra yo, lo

(*) La reseña de los trabajos de la Corporacion en el año último y el discurso inaugural.

que siente, lo que le atañe sentir á cada uno de nosotros, presidente ó presidido, en la línea respectiva de nuestros inequívocos deberes. No ya de los consignados en artículos ó acuerdos procedentes de legislador humano, que, con perdon sea dicho de su respetabilidad incontestable, por sí solos serian todos ellos letra muerta: sí de los deberes indeleblemente esculpidos en el alma por el cincel incansable de la conciencia; ó, mas claro, por el invisible dedo de Dios vivo.

En descargo de uno de los deberes á que aludo y en obsequio vuestro, emulando en ello, de buena gana, la práctica de otras corporaciones y presidencias análogas á la nuestra, pensé consagraros á la faz de este esclarecido auditorio el presente, familiar y amistoso escrito, desnudo de encumbradas pretensiones. En su humilde condicion de hijo natural y legítimo de la espontaneidad y el buen deseo, no le envuelven pañales de cendal y brocado; limpios y modestos son como lo es su cuna, como lo son sus padres: sentáranle máal envolturas ostentosas.

PRELUDIO.

Aquí un prelude indispensable. Cumplamos con perseverancia quienesquiera que seamos en la república científica, y con mayor escrupulosidad los llamados á figurar en los primeros puestos, aquel deseo que el mas consumado de los oradores latinos formulaba en estos términos: «Lleve escrito en la frente cada ciudadano su modo de sentir en órden á la cosa pública.»

Bebiendo á la sazón en fuente todavía mas pura, purísima, la inspiracion de nuestra conducta académica; guardémonos de merecer jamás, cualquier que fuere, por otra parte, nuestra posicion en es-

tas filas, aquel divino reproche: «No sabeis de qué espíritu sois.»

De mero espíritu humano las sentencias, podrán ser tésis universales, pero no irrestringibles y ménos todavía sagradas. Del espíritu divino son siempre verdades eternas, sacratísimas, y que no admiten restriccion.

Así que, el deseo del Demóstenes romano me ha parecido buena máxima para inserta como epígrafe de lo que voy á deciros. Mas, la reconvencion en que el Dios-Hombre hubo de recordar á sus discípulos el espíritu de paz y amor que habia de ser norma de vida para todos ellos, entraña, á mi modo de ver, un interés mucho mas vivo que el concepto precitado; mayor universalidad y trascendencia como lema de nuestro asunto: y sin mas preludear, procederé pertrechado con vuestra inestimable venia, Señores, á exponerle dándole principio por la mas cumplida

ACCION DE GRACIAS.

Elevado por vuestra gratuita benevolencia, Señores Académicos, á esta de tantas celebridades ilustrada silla, no podia ser otra, á fuer de agradecido, mi primera palabra en vuestro gremio, que de sincero hacimiento de gracias, ni otro mi propósito que el de corresponder, hasta donde mis harto limitadas fuerzas alcanzaren, á la inmerecida distincion á que os plugo promoverme. Yo procuraré, pues, á todo trance que á los defectos é imperfecciones, que soy el primero en reconocerme, no se allegue jamás aquel fondo de altivez esquiva, avasalladora, ó mal sufrida que, cuando no de intento, siquiera por el resultado, ejerce en los debates académicos una presion incompatible, si las hay, con el espíritu conciliador y templado que animó siempre y sin excepcion á todos mis dignísimos predecesores; que á

todos los ilustres miembros de nuestra centenaria corporacion anima : y en este particular, abrigo el convencimiento mas profundo de que á ninguno, como al presidente , conviene para sí propio no ménos que para ejemplo de los demás, inspirarse en ese espíritu que lo es del cuerpo científico cuyos sufragios, y no lleveis á mal que lo diga , levantáronle sobre sus hombros por cabeza.

Peregrina , segun á quien , podria parecer la imágen , que no á vosotros. Explicaré , sin embargo, el símil que acabo de proponeros; y no porque juzgue yo que habeis menester semejante explicacion, sino porque á mí me cumple dároslo , para que veais si concuerda con la que le diere vuestro aventajado criterio. Y es que , en puridad de verdad , á semejanza de como acontece en las repúblicas políticas, donde el sufragio popular eleva y constituye en cabeza de ellas á uno de los ciudadanos, acaso de condicion humilde , solo porque le reputáron identificado con el espíritu nacional ; así tambien vosotros, por haberle estimado de vuestro mismo espíritu (no puedo interpretarlo de otro modo), constituísteis en el puesto de la presidencia á uno que se confiesa de buen grado el ménos benemérito de entre vosotros, bien que no el ménos solícito en alimentar dentro de su propio seno el sagrado fuego de ese espíritu que centellea inextinguible en vuestros pechos. ¿Adivináis de cuál espíritu os hablo? —De el

ESPÍRITU ACADÉMICO.

Hé aquí, Señores, hé aquí, amigos míos, el asunto principal de las sencillas cuanto rápidas consideraciones que , ni por un momento lo dudo, acojerá benigna vuestra probada gentileza , recibiendo-las como lo que son ; como una cortés, amen de ingénua y llana pro-

fesion de fé; como prenda de unánime armonía entre todas las dignas y muy dignas individualidades que forman esta colectividad ilustre á la cual hoy por vez primera tengo la inmerecida honra de dirigir la palabra desde el sillón presidencial. Es todo lo que vais á oír, y, despues de rogaros con encarecimiento que no le atribuyais otra importancia, paso á darme cuenta y dárosla, porque os la debo, primeramente de lo que entiendo yo por espíritu corporativo; luego, de cómo concibo, por consiguiente, el *espíritu académico*, en interés, ó sea, con oportuna aplicacion á corporaciones de la índole de la nuestra y, por el mas lógico de los corolarios, á la nuestra misma.

Entiendo por *espíritu de cuerpo* aquel principio inteligente y unitivo, que hace amable, como propio de cada miembro, el bien comun á cuantos un cuerpo constituyen. Inteligente, porque es destello de la razon: unitivo, porque es vínculo de voluntades. Inteligencia, conspiracion de facultades y afecciones, aspirantes á un solo fin perfectamente conocido y abrazado con calor. Por su naturaleza de inteligente y unitivo, es principio de vida para todo cuerpo de humana agrupacion que le posea, en igualísima conformidad que es el alma principio de vida para el cuerpo de humana organizacion subordinado suyo.

Aparece á los ojos de cualquiera despreocupado entendimiento esa conformidad, paralela y evidente en alto grado, imposible como es el desconocer que, si la separacion del alma deja cadáver el cuerpo que, miéntras estuvo unido á ella, fué organismo; así, punto por punto, la ausencia del espíritu que le perteneció, deja en estado cada-vérico á la agrupacion que en hora aciaga le perdiera.

Podrá—¿ porqué negarlo?—un cuerpo moral ó animal, que aquí el nombre es indiferente; embalsamado en toda regla, colorido con primoroso acierto por hábil embalsamador y delicado colorista, po-

drá, digo, semejar á un cuerpo vivo ; mas no lo será nunca en realidad , á no comunicarle un nuevo soplo de vida la Omnipotencia.

Interin el milagro no se realice , será, todo lo más, aquel cuerpo lo que la tierra caótica; inerte, infecunda, ántes que sobre las aguas que la envolvian tendiera sus alas el espíritu de Dios : ó, en otros términos ; lo que el limo amasado en forma de cuerpo humano por la diestra del Altísimo ; masa inactiva , sin expresion ni movimiento, hasta tanto que el divino Artífice le hubo comunicado el aliento vivificador.

Ello no admite réplica ; los hechos de la vida individual se reproducen por ineludible ley en la vida colectiva ; no de otra suerte que los pertenecientes á la colectiva , resumidos se historian y delimitan en la individual. Tan incontestablemente como todo eso se ha llamado *microcosmos* al hombre personal , ó , como diríamos en nuestro romance castellano : «miniatura del universo.»

En fuerza de una tan luminosa semejanza, varián hasta lo infinito, es decir, en indefinida escala, los grados, matices y atributos así de los espíritus como de los cuerpos ; bien constituyan estos y aquellos individualidades ó colectividades.

Ocupan por lo tanto, en buen derecho de categoría gradual , la cumbre de la escala respectiva espíritus y cuerpos privilegiados : si, privilegiados ; no por injusticias ó veleidades del favor ó de la fortuna, ántes por la propia valía, pujanza, virilidad, iniciativa y robustez á prueba de vicisitudes y contratiempos ; ó tal vez por una potente longevidad siempre juvenil, acreditada de invulnerable, aún á los mas aguzados y ponzoñosos dardos de la malquerencia ; á todos los aríetes de la mas arrolladora saña.

Diríase que para cuerpos y espíritus de tan acerado temple , de tan privilegiada inquebrantabilidad, no tiene el tiempo hábito que los empañe, segur que los hiera, acometida que los ataje, rueda que los

arrolle, vaiven que los desconcierte, vórtice que los confunda, ponzoña que los atosigue, estrechez que los ahogue, pesadumbre que los derribe, terror que los apoque, altura que los desvanezca, precipicio que los derrumbe, sima que los trague.

Ahora bien: ¿qué cuerpo, qué espíritu individual? ¿qué espíritu, qué cuerpo colectivo no quisiera ser así? Personalidad ó colectividad destituidas de esta que podemos apellidar aspiracion universal, ingénita, indefectible, á la mayor suma de perfecciones y prendas tales que afiancen una existencia siempre incólume, vigorosa, rozagante: sociedad ó individualidad, indiferentes á esa vital aspiracion, imperecedero latido de nuestra inmortalidad, habrian abdicado, á los ojos del buen sentido, todo derecho á figurar con honra y hasta el de llevar el nombre de entidad personal ó social: nombre y derecho á que habrian renunciado con tan estúpida apatía. En semejante estado (pasadme, Señores, la expresion), por mas que se fingieran entidades vivas, se les podria tañer á muerto .. Serian, á despecho de su fingida vitalidad, un mero *caput mortuum* de procedencia humana.

¡ Bien hayas, preciada Academia médica de Barcelona, que jamás experimentaste en tu cuerpo, gracias á no haberla padecido jamás en tu espíritu—que siempre es el espíritu su primera víctima—tan lastimosa decadencia: un estado de negacion tan miserable: tan insensata anulacion de sí mismo! ; Así se verifique en tu espíritu—que sí se verificará—aquél principio de verdad histórica de que al pasado responde el porvenir!

Tu presente—va sin lisonja—promete no desairar el recordado principio. La enérgica virilidad de espíritu académico que te legaron tus progenitores, véola con suma complacencia mia resplandecer en tí, fomentada con empeño en direccion cooperativa y adecuada á la prudente progresion del órbe científico, y á lo que tiene de ordenado

y magestuoso el avance social contemporáneo. Yo te felicito de corazón.

Mas, puesto caso que á tu presente, nadie le imputará con razon que desdice de tu pretérito; ¿podria admitirse como posible que á tu glorioso pasado viniese algun dia á empañarle un sombrío venidero? Todos á una voz opondríamos á tal hipótesis, idéntica negativa. Vivamos, sin embargo, siempre alerta, que por muy firmes que nos consideráremos, para todo el mundo se dictó aquella sapientísima advertencia: «El que está en pié, vea de no caer.»

SUICIDIOS.

Tomemos ahora consejo de la muerte, que no es ella mala consejera de los vivos.

Habrá alrededor de tres años, viniéron dos ruidosos suicidios á acrecentar la plaga y por demás pavorosa cifra que de ellos está sufriendo con indecible y sangrienta humillacion por mal de sus pecados la sociedad moderna. Durante el corto espacio trascurrido entre uno y otro atentado, al segundo de los suicidas, poco antes de serlo y sin él sospechar que dentro de muy poco lo seria, se le oyó extrañar y condenar con el aplomo de la cordura el ominoso arrebatado del primero... ¡¡qué leccion!!

Harto se os alcanza, Señores míos y mis estimados colegas, cuán provechosa instruccion encierra para todos el ejemplo referido, no ménos para agrupaciones que para individualidades; como quiera que, igualmente que el *yo* personal, puede el *yo* colectivo obcecarse hasta degenerar en suicida.

Si sendas estadísticas se han escrito y pluguiera á Dios que no se diese ocasion en adelante á escribirlas, todavía mas extensas, de

suicidios *individuales*; buenas, sino mejores y por ventura de mas trascendental enseñanza que las antedichas, podrá seguirse escribiéndolas de suicidios *sociales* en la mas amplia acepcion de esta voz calificativa. Y serán de ver allí asambleas; corporaciones de diverso rango; organizaciones literarias, civiles, militares, teúrgicas.....; familias; estirpes; nacionalidades; imperios y sabe Dios cuántas otras más instituciones desaparecidas, ora por haberse dejado morir ellas propias, ora por haberse ellas mismas asesinado; que todo viene á ser uno: suicidios de distintos géneros, pero suicidios al fin.

¿Atináis por qué razon, á la par que un individuo, puede una asociacion perecer suicidada? Es muy sencillo.—Porque la mismísima degradacion, igualísima demencia puede herir de muerte, con lentitud ó de un golpe, indistintamente á la primera existencia que á la segunda.

Trabajados en cualquiera de ellos por idéntica depravacion el cuerpo ó el espíritu que las integran, vienen estos dos elementos de la humanidad y se dicen á la vez con criminal cobardía, cuando no con horrible frenesí, lo que con patriótica resolucion y levantado aliento dijéranse el uno al otro los dos inseparables amigos y comilitones de la epopeya troyana.—«Muramos juntos.»

Admitida una vez, Señores Académicos, la posibilidad de tan doloroso cuan repugnante acontecimiento para nuestra amada corporacion; y convencidos á un tiempo, y á tiempo, todos nosotros, miembros suyos, de que tambien pueden labrar en su seno pasiones aviesas que la turben, desordenando, depravando su espíritu hasta el extremo de atentar contra su vida; atajémoslas á porfía imposibilitando de comun acuerdo sus azarosos arranques; y oportunamente nos opondremos á sus esplosiones ó las conjuraremos al estallar, siempre que las conozcamos á fondo y sepamos condenarlas sin tré-

gua ni contemplacion, primero ante el foro de la propia conciencia, y luego á la vez ante el jurado del espíritu académico.

La libre y razonable inmolation del espíritu individual á este espíritu corporativo; ved aquí el mas robusto vínculo de orden y en consecuencia, de longevidad á prueba de achaques crónicos ó agudos, para todo cuerpo moral; y mil veces más para el nuestro, consagrado como está por institucion á incesantes estudios sobre la vida y sus despojos, sobre la muerte y sus estragos.

Sepamos hacer, en cualesquiera tiempos y circunstancias, aquella inmolation generosa, fortalecer aquel lazo armonizador; y entónces..... ¡oh! entónces, no darémos jamás ni pretexto siquiera á ese profano vulgo que circula umbrales á fuera de este paladion de la ciencia, para que nos lastíme el corazon y nos ultraje con aquella manoseada reconvencion, mas que sarcástica en su lengua: «Cúrate medico á tí mismo.»

PRESERVATIVOS.

Significado queda en los párrafos anteriores que cuando, segun aquí sucede, trátase de cuerpos que tienen su razon de ser cifrada en el espíritu, no todo se reduce á no atentar en una forma violenta contra su propia vida. Y tanto ménos podrá el solo abstenerse de tamaña violencia alejarlos de morir por culpa suya, cuanto mas numerosos fueren sus miembros ó más importante el destino que los enlace y unifique. Cuerpos de índole tan elevada, lo propio pueden perecer de una manera subitánea que paulatina; de temprana que de tardía, pero siempre voluntaria y culpable muerte; sea que ocurriere con estrepitosa instantaneidad, ó que se caminare á ella, paso entre

paso, por parálisis, por letargo, por inanición ó por marasmo y consunción de espíritu.

No ha permitido, no permitirá el cielo que á nuestra cara Academia la lleve al panteon de la Historia ninguno de los señalados desórdenes: nó, nó habrá desórden que la pueda lanzar á la tumba, mientras que á cada uno de ellos le hagamos frente con los preservativos más adecuados y oportunos.

En este concepto, evitaremos la *parálisis* académica, con la sostenida, ordenada y diligente actividad del amor á la ciencia y á sus aplicaciones, conduciéndonos como cumple á obreros que somos de la inteligencia y ministros de la humanidad; en la firme persuasion de que la actividad serena y reposada anduvo siempre reñida con aquella inmovilidad haragana que es engendro de la inercia intelectual ó del sentimiento moral entorpecido, cuando no de entrámbas cosas.

Nos apercibirémos contra la *inanición*, ofreciendo á nuestra mente, con mano sobria y templada medida, manjares apetitosos y nutritivos, de doctrina saludable, fecunda, interesante en los dos respectos especulativo y experimental.

Alejarémos la soñolencia precursora del *letargo*, con sus mas eficaces despertadores; es decir con la noble y leal emulacion en los recíprocos esfuerzos por adelantar sin perder terreno; y con la selecta, útil y grata novedad en los asuntos abiertos al gusto y albedrío de la corporacion ó de alguno de sus asociados.

Harémos imposibles el *marasmo* y *consunción de espíritu*, comunicando expansion y tono, calor y nervio, animacion concertada, agradable colorido á nuestras sesiones y á su fisonomía; cerrando además, y bien atrancada la puerta, dado que intentaran penetrar aquí —que no intentarán— á toda grave demasía, á toda bastarda parcialidad, á toda intencionada divergencia que propendiese ó fuera capaz

de hacer el vacío en medio de nosotros, desnaturalizar la atmósfera saludable que respiramos, atacar de disolucion y muerte las fuerzas académicas. Que no pueden éstas subsistir á manera de masas populares, traídas y llevadas, deshechas y rehechas ó acaso contrahechas, á voluntad de malsines agitadores.

Nuestras fuerzas, si hemos de dar cima feliz á la mision que nos hermana, solo un pábulo tienen; el pábulo del espíritu; la ciencia: más, no una ciencia bastardeada, sofisticada, petulante, hueca, descreída, mordaz y revoltosa; fómite de sérios disgustos y desavenencias interminables: sí aquella ciencia que infunde modestia y cortesía; prudente, razonable, pacífica, tolerante por caridad y compañerismo, aún en medio de las lides que hubiese de reñir y que no esquivada jamás, pero que no acepta nunca en el terreno de las personalidades, á que se deshonoraría descendiendo; sino únicamente en el noble palenque de los principios, en defensa de la verdad impugnada.

Que tan sagrada es la verdad á los ojos de la ciencia celosa de sus sacrosantos fueros, como á los ojos de bizarro campeon la bandera que tiene jurada: como es sagrada á los ojos de dama pudorosa, la vindicacion de su honra zaherida ó villanamente puesta en duda.

Todas las causas de muerte, en cuya consideracion, Señores y colegas, acabais de acompañarme con una paciente y bondadosa atencion, que no sé cómo agradeceros; causas comunes, por lo demás, á cualesquier espíritus y cuerpos colectivos; si estudiamos *á priori* su genealogía, reconoceremos sin dificultad que todas ellas, ó presuponen, ó acarrear una negacion funestísima, gérmen ésta, á su vez, ó fruto mortífero para quien quiera que experimente en sí propio su pernicioso poderío. Ignoro si os sorprenderá, aun cuando debo presumir que no, lo que voy á declararos.

Pues bien; esa negacion malhadada, ponzoñosa, degradante y homicida para todo cuerpo, como para todo espiritu de asociacion, es la falta de entusiasmo. En nuestra corporacion la llamaríamos falta de

ENTUSIASMO CIENTÍFICO.

Segun estudiamos el entusiasmo en las distintas esferas en que pueden asombrarnos sus operaciones ó los diferentes rasgos inherentes á su índole especial, al mismo paso se nos dá él á conocer bajo distintos nombres y por fenómenos igualmente especiales que le califican y retratan.

Así, en la esfera civil produce el civismo, que constituye en una sola y bien avenida familia, unida por la más unánime y generosa aspiracion al bien comun, á los que moran en un mismo pueblo.

En la Religion verdadera, es aquel santo y heróico celo que se inmola por la gloria de Dios y el bien de las almas.

En política, enciende y atiza el patriotismo, centella del amor nacional, potente para purgar de escoria la sociedad, consumir patrióticas bastardías, aniquilar enemistades y facciones, propagar de confin á confin la concordia permanente; única que sabe hacer el sacrificio de efímeros y baladíes intereses en aras del supremo interés, el de la madre patria.

En la milicia, el entusiasmo engendra la bravura del soldado, que, al arrojarse sobre hombres y máquinas que tiran á matar, no tanto obedece á la señal de ataque, cuanto á la voz y espueña del corazon que le dice, sin darle paz ni tregua: ¡adelante!

Es, en la marina, el entusiasmo el que hace del hombre de mar uno como peñasco escueto, orondo, tranquilo, inquebrantable, aún

cuando mas azotado se contemple por los huracanes y las olas entumecidas, ó expuesto á los horrorosos y lúgubres azares de una batalla naval.

Y bien; lo que en otros géneros de entusiasmo es serenidad imperturbable, arrojada bravura, generoso civismo, patriotismo acrisolado, celo devorador....; en el orden científico ¿qué será?

Es, no lo demos jamás al olvido : es aquella lucidez difusiva, radiosa, intelectual y afectiva ; luz de luz, luz verdadera de luz verdadera, que de Dios Padre de las luces viene y á Dios lleva ; luz penetrante y amable á semejanza de su manantial ó foco divino. Lucidez, que cuanto mas se derrama ; cuanto á mayor espacio se difunde, ó mas profundas tinieblas ilumina, otro tanto gana en refulgencia ; tanto mayor energía va cobrando ; con tal, empero, que los horizontes que alcanzare á descubrir, por muy dilatados que fueren, los refiera y subordine al Principio eternal é inaccesible de toda verdadera luz, infinitamente mas dilatado que los mas dilatados horizontes.

Generacion fecunda del espíritu de todo bien, el entusiasmo de que aquí se trata, afine, inseparable de la magnanimidad ; no hay cosa que empequeñezca : ántes lo engrandece todo ; sin por eso tocar nunca en los límites de una insana exageracion, gemela de la mentira y, por ende, enemiga de la verdad. Sí, de la verdad, que lo somete todo al inexorable compás de la exactitud y la justicia.

Merced á estas sublimes cualidades, hácese el entusiasmo generador de los granden caractéres ; incentivo y acicate de las mas sorprendentes y fructíferas acciones ; autor y actor de cuanto el tiempo presente califica, ó calificará la posteridad, de fastuoso, monumental y gigantesco en las letras como en las artes ; en las leyes como en la historia : en los triunfos y conquistas inefables de la paz, cual en los dolorosos y sangrientos de la guerra.

Antorcha encendida es el espíritu , luz viviente : el entusiasmo sano y puro , es del espíritu el nítido fulgurar ; su palabra de fuego , *ignitum eloquium* ; capaz de enardecer á los mas tibios é indolentes. Ved, sino, sus obras.

En boca del apóstol , prende la llama de la caridad en el mundo. En los labios de animoso capitán , hinche de indomable bélico ardor las huestes. En el arenga de fogoso patricio , saca tal vez del ilotismo y la abyeccion á todo un pueblo , trocándole , cuando no en pueblo-rey , en un pueblo-rayo , vindicador en la manos del Omnipotente , de su dignidad y honra maltratadas.

Finalmente , y es lo que mas de cerca nos incumbe : en toda doctrina radiante de vivísimo interés ordenado por la verdad y á la verdad , que en sus ráfagas ó luminosos principios resplandece ; el entusiasmo atrae , gana , conquista , sojuzga , cautiva , aprisiona , á cuantos poseyeren capacidad intelectual y moral , suficiente para entender al que les habla y abrazar sus miras con el ardimiento , con la decidida voluntad de quien se las comunica enaltecidas , arreadas en los riquísimos atavíos de la bondad y la belleza verdaderas.

Tan cierto es é incontestable que en el orbe científico , ni más ni ménos que en todas aquellas esferas en que se espacia , evoluciona y se engrandece la porcion activa de la humanidad , tienen á su modo cabida fervorosos apóstoles , denodados adalides , repúblicos eminentes , intrépidos argonautas.

En primer término de sus glorias enaltece el entusiasmo religioso á un San Pablo : el entusiasmo militar á un Julio Cesar : el entusiasmo político á un Gimenez de Cisneros : el entusiasmo civil á un Fivaller : el entusiasmo naval á un Colon : el entusiasmo popular á un O'Connell.....

Y en nuestro grandioso mundo médico , entre las eminencias sin nú-

mero que registra en todos los estados sociales , en todas las gerarquías y en uno y otro sexo , ¿ á quién ha levantado sobre el pavés de la inmortalidad histórica el entusiasmo universal ? Al incomparable

HIPÓCRATES.

Suya es la venerable y ática efigie que desde la modesta *ménsula*, dó la tenemos colocada, preside á esta mesa y , lo que mas dice en su loor, á la ciencia misma, dignamente aquí representada en nuestras asambleas. Y no sin fruto, no sin significado.

Nó, Señores Académicos. Fructuosa, significativa hasta lo sumo, es y debe ser su presidencia para nosotros.

Nadie suponga que haya ó pueda haber para nosotros en ese busto un mito supersticioso, un idolillo doméstico, uno de los antiguos Lares, un trozo de mármol divinizado por el paganismo. No somos acá, por la gracia de Dios, idólatras, ni tampoco iconoclastas.

Es que vemos al través de esa imágen algo y muy mucho más que la materia estatuizada: vemos el espíritu religioso y regenerador del Original; razonador pero no racionalista: el espíritu eminentemente observador y práctico; entusiasta y siempre acendrado cultivador de la Medicina experimental y racional á la vez: filosófico, pero no sofístico; conservador pero no estacionario. Vemos el espíritu que al modelo viviente de tan expresiva copia, en todas sus obras le dió á conocer como á reformador, pero no de los de piqueta en mano. Aquel espíritu, en conclusion, que le mereció el glorioso nombre de Padre de la Medicina, ratificado ya por veintidos largos siglos, mal que les pese á detractores ilusos.

¿ Qué significará, pues, aquí el reconocimiento y unánime acla-

macion por la Academia de tan ínclito y venerando presidente? Significa, señores, que no somos acá hijos degenerados de tan inolvidable Padre. Que es hipocrático en la ciencia nuestro espíritu; hipocrático el entusiasmo científico que nos sostiene y empuja adelante en nuestro camino; que nos continuará empujando, á no suceder, y no sucederá, que en hora para nosotros menguada renegásemos el blason de tan legítima y egregia paternidad, declarando decaída su, aquí grandemente simbólica, presidencia.

Nadie mas interesado que nuestro cuerpo académico en que no suene jamás hora tan infausta. Léjos de nosotros tamaña ingratitud y tan imperdonable desafuero.

Creo, pues, en esta ocasion interpretar con la mas fiel exactitud el sentimiento en que todos abundamos, al asegurar que todos y cada uno conservaremos siempre vivaz en nuestro seno aquel espíritu apasionado por la ciencia, que nunca padeció menoscabo en el oráculo de Cos, ni só la pesadumbre de los años en la extrema senectud.

Así, en posesion perenne del espíritu hipocrático, jamás se nos podrá aplicar con justicia aquel divino reproche: «*No sabeis de que espíritu sois.*»

Joaquin Cil.

Barcelona 46 de enero de 1867.